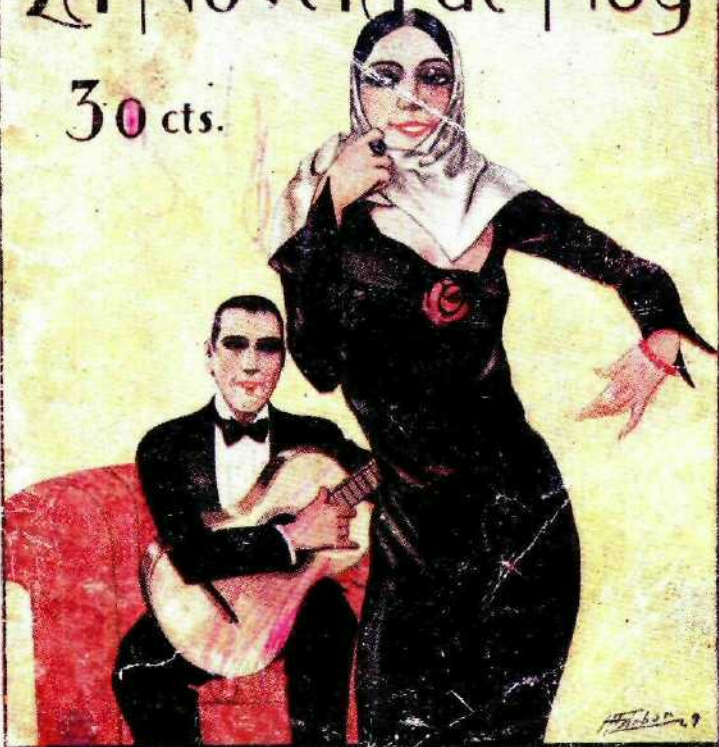


La Novela de Hoy

30 cts.



SE QUEDÓ SIN ELLA

Por

Carmen de Burgos "Colombine"

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

1929 2000

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: San Marcos, 42. -: -: -: Apartado 33.

Año VIII

Madrid, 5 de Febrero 1929

Núm. 352

R-7897-A

Se quedó sin ella

NOVELA POR

Carmen de Burgos (Colombine)

Ilustraciones de ESTEBAN

Jose Sainz



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S.
— EDITORIAL ATLANTIDA —
Librería Fernando Fe. Puerta del Sol, 15.—Madrid.

EN EL PROXIMO NUMERO
PUBLICAREMOS

POLVAREDA CONYUGAL

Por

JUAN PEREZ ZUÑICA



ILUSTRACIONES DE

GARRIDO.

INCLINADA sobre la barandilla del puente de paseo contemplaba el abarloar del buque, tan absorta en la belleza del panorama de Valparaíso, que experimentó un ligero susto al sentir resbalar sobre la morenez de su cuello el aliento de su marido.

—¿Estás contenta, Marta?—preguntó él con ternura.

—Tanto, que me dan ganas de abrazarte.

—No... Ya sabes que, delante de gente, quiero que seas juiciosita.

Se amapoló el rostro de la joven al verse reprimida en su expansión y, súbitamente entristecida, dijo:

—¿Te avergüenzas aquí de tu *india*?

—¿Por qué dices eso? ¡Avergonzarme de ti! Bien sabes que has sido y eres mi único amor, mi sola pasión, mi *indita* divina.

—Ahora es a ti al que hay que llamar al orden—dijo ella, feliz del entusiasmo de su esposo.

—Tienes razón. Vamos a saltar a tierra. Pasaremos el día en el Astúr y mañana continuaremos a Santiago.

—Sí; pero comeremos en Viña del Mar y pasaremos por la Playa Ancha. Tengo hambre de sentirme de nuevo en nuestra tierra, de verlo todo, para estar segura de que es verdad y de que no me voy a despertar muy lejos de donde pensaba estar, como me ha sucedido tantas veces.

—Lo que no impedirá que dentro de algunos meses quieras viajar de nuevo. En tres años de casados ya hemos ido tres veces a Europa.

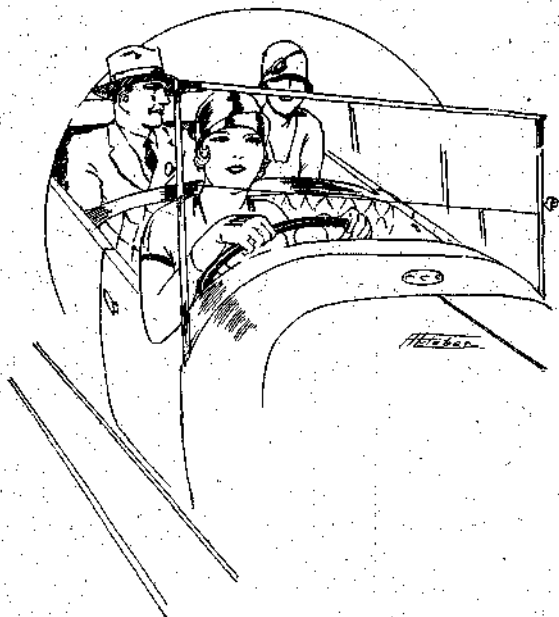
—Es que fuera de aquí te tengo más mío. Además, lo que me cansa no es la tierra, sino la gente.

—¿Crees que son mejores los europeos?

—No; pero me distraen más. No profundizamos en ello. Cogemos esa flor de cortesía, que es tan agradable cuando se está poco tiempo en un sitio. Son impresiones tan gratas, que es mejor no volver nunca. Y ya ves que estaba deseando venir. ¿Verdad que no son las perspectivas de Nápoles y de Lisboa más bellas que ésta?

—No. Nuestro Valparaíso es incomparable. ¡Cuánto me gustaría quedarme aquí contigo para siempre!

—Para siempre. Si vieras cómo me aflige la idea de las cosas eternas. No soy capaz de concebir nada para siempre.



Miraba a Perpetua embebecida en manejar su máquina...

—Eres una ingrata.

—No me quieres, cuando no piensas en mí para desear que nos amemos eternamente.

—Eso está descontado. No puedo pensar que nuestro amor se acabe; pero es una cosa tan natural para mí, que, en lugar de pensar que ha de durar siempre, pienso que no se acabará nunca.

Estaban ya las planchas puestas y comenzaban a desembarcar los pasajeros. Marta y Ricardo los imitaron.

Al llegar a tierra, ella se detuvo y, apretándose más contra el brazo de su marido, dijo:

—Oye, siento una emoción tan grande al pisar nuestra tierra, que me parece que tengo raíces. ¿No te alegras tú?

—Muchísimo.

—Pero menos que yo, seguramente. Yo tengo sangre india. Soy más chilena que tú.

—¡No sé por qué crees eso!

—Porque, como la Biblia no dice nada de América, nosotros no descendemos de Adán y Eva, sino que hemos nacido de la tierra.

HABÍAN pasado la tarde en Viña del Mar. —Un Versailles a orilla del Océano más bello del mundo—como le decía Ricardo, mientras corría el automóvil por las calles de jardines, que ocultaban los palacios entre su espléndida vegetación.

Recorrieron varias veces la linda población, blanca y alegre, y fueron a la Playa Ancha, desde la que se contemplaba el angra que formaba aquel *mar de leche*, tan pleno de vida animal que parecía estremecer sus ondas en un hervor de creación, aumentando así el prestigio del misterio de sus profundidades insondadas y de sus costas, transformadas casi diariamente por continuos maremotos.

—Me gusta esta playa—dijo ella—porque está como la Naturaleza la ha hecho. Mira que belleza salvaje, es araucana como yo.

Se oía un eco monótono y lúgubre, muy im-

presionante. Parecía el mugido de un animal gigantesco que se quejara doliente. Era la *Boya del Buey* que con su lamento avisaba del escollo a los navegantes. Ellos la oían complacidos, como la voz de un amigo largo tiempo ausente.

—Mira nuestro barco—dijo María—. Parece un ramillete de estrellas que nada. ¿Querrás creer que me iría de nuevo con él, de buena gana?

—¿Tan pronto?

—No, si no me quiero ir. Es que me iría y me quedaría. Lo que más envidio es el don de la omnipresencia. Estar a un tiempo en todas partes.

—Yo, en estando contigo, lo tengo todo.

—Yo también. Pero eso no importa. Es otra cosa. No me comprendes.

—Pero te adoro.

Un beso, que mantuvo un minuto unidas sus cabezas, vino a ponerlos de acuerdo.

—Estamos ante el *Jardín de los felices*—dijo Ricardo, al reconocer el lugar donde se habían detenido—. Realmente es tan bello esto que se comprende que incite al suicidio.

—No—respondió ella—. Los suicidas no eligen. Entre nosotros decimos que los suicidas es que mueren por segunda vez. Son los que gozan una prórroga de la vida.

—Pues en ese caso hay que admitir que existen lugares a propósito para suicidarse. Aquí vie-

nen a morir voluntariamente de todas partes del mundo.

Un automóvil que venía en dirección contraria se detuvo bruscamente y la dama que llevaba el volante abrió la portezuela y saltó con ligereza a tierra.

—¡Marta! ¡Marta!

El chófer había detenido el suyo también y los dos esposos exclamaron a un tiempo:

—¡Perpétua!

—No sabía que habíais venido—dijo ésta—. Nada han dicho los periódicos.

—No queríamos ver a nadie, porque no sabíamos que estabas aquí.

—Eso me dice que seguís siempre tan enamorados. ¡Qué suerte!

—Sabemos que te has vuelto a casar.

—No me hables de eso. Ya os contaré después de comer; porque os venís conmigo.

—Estamos en el Astur. Vente tú.

—No, en casa se come mejor que en los hoteles. Tengo un gran cocinero chino. Esos *limon-citos* son los más grandes artistas de la cocina que se conocen.

Les hizo subir casi a empellones, empuñó de nuevo el volante y con una rápida maniobra salió corriendo carretera adelante.

Marta iba encantada; el fresco airecillo de la carrera parecía penetrar por todos sus poros y

ponía botones de rosa en la punta de su nariz. Se quitó el minúsculo sombrerillo que aprisionaba su cabeza y descubrió una larga cabellera de un negro azulino, como el ala del cuervo. Miraba a Perpetua embebecida en manejar su máquina, con su silueta delgada y graciosa, en su traje blanco, ceñido, con el descote y los brazos al aire, cubierta de joyas, que centelleaban al moverse y resaltaban al lado del negro bruñido del aro que asía con sus manos amarantáceas, flacas y transparentes.

—Yo quiero aprender a manejar—dijo.

—Cuando lo desees—respondió él—. Pero no te dejaré que te aventuras sola sin chófer.

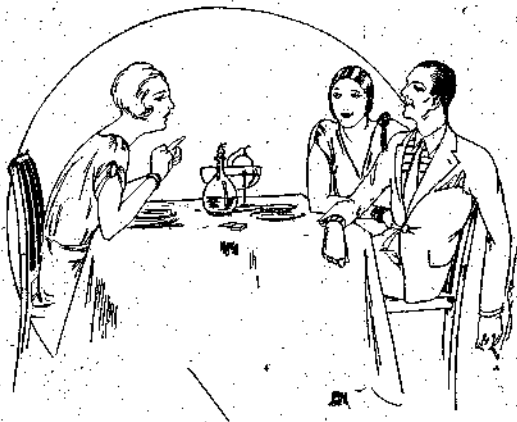
—Pues es la única manera de divertirse, y aquí se hace necesaria—terció Perpetua—. Yo creo que de no ser por estos paseos me hubiera vuelto loca. Hay días, cuando ya no puedo más, que cojo el coche y escapo sin rumbo, deseando estrellarme... y no me estrello nunca.

«Ricardo estaba contrariado, no podía ocultar lo que le desagradaba la amistad de Perpetua con Marta.

—¿Y ahora?

Entraron en el parque de un palacio magnífico, de puro estilo colonial, y se detuvieron en el gran patio, al pie de la escalera.

—Qué suerte haberos encontrado — repitió Perpetua, cuando tomaban asiento alrededor de la mesa—. ¿Venís de España?



Perpetua

Naturalmente—dijo Perpetua—. Es la Meca de todas las mujeres.

—No. Estuvimos allí en el primer viaje. La recorrimos toda. La conocemos ya mejor que a Chile. También estuvimos en Italia.

—Hemos estado en Suiza, en Inglaterra y en París.

—No tienes que decirme lo que más te ha gustado, cuando en vez de decir Francia dices París.

—Es verdad.

—Yo me pienso ir ahora.

—¿A París?

—No, a Hollywood.

Los dos esposos cambiaron una mirada que no pasó inadvertida para Perpetua.

—¿Os extraña—dijo, con amarga ironía— que quiera volver allí después de *mi drama*, o por mejor decir, de la *primera parte de mi drama*?

—No. ¿Por qué?—disculparon ambos.

—Sí, si tenéis razón. A mí misma me sorprende; pero es que Hollywood es algo así como el tabaco, la cocaína o la morfina; un veneno, que en habituándose a él, no puede dejarse.

Se interrumpió para hacer el elogio del congrio que les acababan de servir.

—Es nuestro pescado nacional—dijo—. ¿Verdad? Sólo en el Pacífico se encuentra una calidad como ésta.

—Espléndido.

—Pues, sí—continuó ella, pasando de una idea

a la otra—. En ninguna parte del mundo me hubieran absuelto con la decisión que allí, después de tener la desgracia de matar a mi marido y confesar que no había sido involuntariamente.

—Es que usted lo hizo por salvar a su hijo, en un momento de exasperación—dijo Ricardo, disculpándola.

—Pero en países como el nuestro no se hubiera comprendido así. Allí todo está hecho para proteger a la mujer, para ampararla: leyes, costumbres. No tenéis más que ver el fenómeno de que mi desgracia, lejos de enagenarme voluntades, me dió celebridad: demanda de matrimonio, agasajos. Si hubiera querido ser estrella, estaba en mi mano; pero el papel de astro no me atrajo. Sé que una estrella no dura *en buen uso* más que cuatro o cinco años. Viene el *o'vido* cuando aun está en pleno triunfo, sin haberse estrenado la última superproducción. No tenía necesidad de dinero y preferí casarme, seguir corriendo detrás del ideal que no había podido realizar antes.

—Y tengo entendido que lo has conseguido y eres feliz.

—Lo he sido durante breve tiempo, pero no me quejaría de no serlo ya, porque el conocer la felicidad es algo que vale los sufrimientos que el haberla conocido pueda causar después. Pero mi segundo marido ha hecho algo más que causar mi infelicidad: ha matado mi alma.

—No sabíamos...

—Yo deseaba vivir aquí siempre, sólo para él, olvidando ese momento trágico de mi vida que me hizo encontrar, no sé cómo, un arma al alcance de mi mano cuando mi marido quería quitarme a mi hijo para llevarlo al lado de una mujer que lo martirizaba y le daba malos ejemplos.

—No se atormente usted con esos recuerdos— dijo Ricardo, al ver cómo se anublaba el rostro de Perpetua.

—No. Tomen unos palitos.

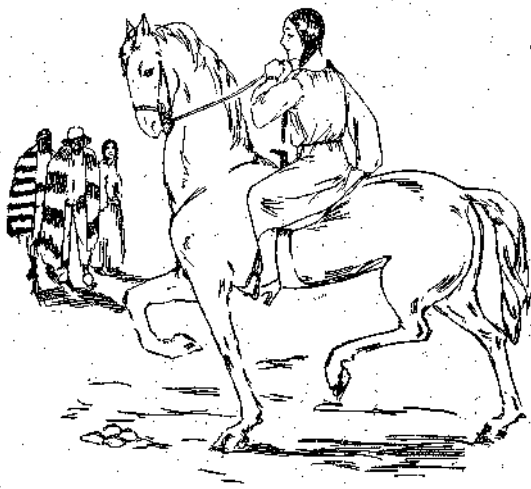
Abrió una caja de plata para ofrecerlos a sus huéspedes, mientras el criado servía la fruta en grandes cestas, que parecían llenar de optimismo el comedor.

Tomó una manzana; y mientras la mondaba con el minúsculo cuchillo de oro, continuó:

—Pero Alberto estaba también contagiado del ambiente de Hollywood y aquí se aburría y me ofendía continuamente, hasta con mis amigas más íntimas. Un día, después de un violento altercado, estaba yo en la cama y lo vi salir de la habitación andando hacia atrás: “¿Qué haces?” —le pregunté—. “No atrevo a volverte la espalda”—me dijo—. Después de esa brutal alusión no he vuelto a verlo. Nos hemos separado y me marché de nuevo a Hollywood.

—¿Y tu hijo?

—Es mi tormento. Pienso, siempre que lo beso, si un día me pedirá cuentas de haberlo privado



Llamaba la atención por la agilidad con que manejaba su potro atabanado.

de su padre, sin considerar que he llegado hasta el crimen por amor suyo.

—Siento que nuestra presencia agudice en usted esos sufrimientos.

—No, no es culpa de ustedes, es del ambiente. Necesito irme de aquí. La vida contemplativa es buena sólo para los felices. Exige el idilio de la juventud o la paz del espíritu de la madurez. Yo necesito esa vida de Cine Villa; su amalgama de placeres y miserias; sus continuas mudanzas; algo que arrastra el espíritu y lo mezcla a los otros. Es un ambiente que no podemos comprender fácilmente los que nos asombrábamos de la vida de París, que ya es una ciudad provinciana comparada con Cine Villa.

—Este año hemos encontrado en París una estrella, que me decía lo mismo.

—¿Quién era?

—Marta de Gray.

—La conozco mucho, y a su madre, viuda de un oficial muerto en África. La pobre mujer, considerando como modista, logró educar a la hija en el convento, de donde salió a los dieciocho años para casarse con un conde que la aburría. No hay mayor desgracia que aburrirse.

—Yo deseaba mucho conocerla. Se hablaba de su aventura con un príncipe ruso que la robó una noche, disfrazado de apache, y quería casarse con ella.

—Eso suelen ser fábulas para hacerse reclamo. Como las historias de Pola Negri.

—Pero ahora se casa con un príncipe italiano que le consiente ser *princesa-estrella*.

—Es que los italianos son todos príncipes y nobles. Lo elegante en Italia es no ser nada. Lo que hay que ver es el mundo nuevo que se inicia en Cinelandia. Si no eres celosa, venid a verme el invierno próximo. Los hombres peligran allí.

—No quisiera parecerte orgullosa por mi confianza en Ricardo, que no nace de mis méritos si no de su bondad.

—Pues entonces venid a verme allí; tengo una villa en medio de un bosque. Se goza un clima de gloria; sólo un par de grados de diferencia entre el verano y el invierno. Nos bañamos todo el año en el mar.

—Es, por lo visto, la vez primera que los hombres han tenido lógica para contar con el clima al fundar una gran ciudad.

—No; es que es una ciudad nacida del acaso, sin que nadie se lo propusiera, y sabe Dios lo que durará. A veces, más que una ciudad me parece una decoración de teatro, tan inconsistente como todas las que se construyen allí.

—Debe ser encantadora. Si quieres, vamos, Marta.

—Es una buena idea, Ricardo. El invierno que viene, en lugar de ir a Europa, nos vamos a Hollywood. Me fío de ti.

—Bien puedes hacerlo.

—Y tenía deseos de ir, te lo confieso.

—Naturalmente — dijo Perpetua —. Es la Meca de todas las mujeres. Pero ahora vamos al salón, que se nos enfría el café.

Una hora después, caminaban los dos esposos, cogidos del brazo, en dirección de su hotel, envueltos en un ambiente de perfumes tan denso, que parecía tocarse. El mar, en calma, dejaba rielar mansamente entre sus cristales la luz de la luna en su anficido. El cielo, bajo, rivalizaba en luz con las colinas, que formaban grandes grupos luminosos, como si un gigante hubiera ido cogiendo y amanojando estrellas.

—¡Pobre Perpetua! — compadeció ella, recordando a su amiga.

—No creas la mitad de lo que dice. Cuando se vió su proceso, resultó que, en vez de estar llorando por su hijo, se pasaba el tiempo bailando con Rodolfo Valentino.

—¡Quién sabe si serían calumnias! ¿Cuándo existirá una mujer hermosa a la que no se calumnie?

—Cuando sea tan buena como tú. ¿No te has fijado en las aletas de la nariz de Perpetua? Parecen un capullo de rosa en medio de la palidez de su semblante.

—Un modo raro de maquillarse.

—Señal de la cocaína.

—Tal vez la incite a eso la desesperación. Y

ahora, allí sola, tan desdichada y tan hermosa, ¡me da una pena!

—Seamos un poco egoístas y olvidemos desdichas o añascos, para no sentir más que la felicidad de estar reunidos en medio de esta naturaleza que nos posee.

—Tienes razón.

Su cabeza morena se inclinó sobre el hombro de su marido, cara al cielo, y él besó en sus pupilas, negras y profundas, el resplandor brillante de la Cruz del Sur.

III

A PENAS habían transcurrido ocho meses de su llegada, y ya no lograban, Ricardo y Marta, disimular el disgusto que el ambiente social creado en torno suyo les producía.

Su matrimonio era una de esas uniones que la sociedad juzga desiguales. Ricardo era el primogénito de la ilustre familia de Lanuza; con su nombre aristocrático, su título de doctor en Leyes y su saneada fortuna, se podía considerar como uno de los mejores partidos de Santiago, y no se le perdonaba el haber elegido para esposa a una mestiza.

Los Lanuza tenían el orgullo de su abolengo español, aragonés, que les hacía ser una de las más linajudas familias de Chile.

—El nuestro es el país de América, donde la raza latina permanece más pura—solían decir—. Los españoles no se han mezclado aquí con los indios.

—No es virtud suya—argüía Ricardo—. Los españoles no han tenido reparo en mezclarse con

todas las razas en los demás países, hasta con los negros. Aquí son los araucanos los que no han querido mezclarse con ellos.

Y fiel a esta creencia, le agradecía a su mujer que no hubiese tenido en cuenta la diferencia de razas para unirse a él.

No le parecía Marta inferior en alcurnia. La abavia de la joven era hija de un cacique indio, de uno de aquellos héroes cuyas hazañas admiró Ercilla, a pesar de ser sus enemigos, hasta el punto de rendirles homenaje en su poema, sin miedo de ser considerado mal patriota, con tal de hacerles justicia a su valor y sus virtudes.

Sus bisabuelos y sus parientes fueron cazadores nómadas, refugiados en las alturas de los Andes, para no abdicar de su rango, aunque todos fueron asorochándose y muriendo víctima de su género de vida.

La abuela de Marta, última superviviente de la familia, dejó la montaña, huyendo del terrible mal, y se casó con un huaso de su misma raza, que habitaba en uno de los encantados pueblecillos del Sur.

Fué la madre de Marta la primera que faltó a la tradición de su raza y se casó con un español, con tal escándalo de sus parientes, que tuvo que irse a vivir lejos de ellos, estableciéndose con su marido en Concepción.

El matrimonio no había sido feliz. El padre quería educar a Marta con arreglo a sus cos-

tumbres europeas, y la madre se oponía a que fuese a la escuela y dejase de ser huasa como ella, quizás arrepentida ya de haberse casado con un hombre de diferente raza.

Así, mientras vivió el padre, Marta fué a la escuela y estudió todas las disciplinas; pero sin dejar de vestir su traje de chola sureña, con sus dos largas trenzas caídas sobre el pecho, ocultas bajo su clásico manto.

Realmente, la muchacha no pasaba por ser una gran belleza entre los suyos, que no sabían apreciar la pureza de sus líneas, tan rectas en su delgadez, que más parecían de efebo que de doncella. Se mezclaban en ella los rasgos de las dos razas: la nobleza de las facciones españolas y la boca de dibujo correcto, con los grandes ojos indios, profundos y tenebrosos, y la color quebrada, como teñida de un aceitunado oscuro.

Lo que le hacía destacar era su gracia. Sabía cantar maravillosamente las canciones de su país, acompañándose de la guitarra. Cuando iba a Santiago formando parte de una de esas cabalgatas de huasos, con sus mantas multicolores, que acuden a la fiesta de la primavera, ya que se ha prescindido del carnaval, llamaba la atención por la agilidad con que manejaba su potro atabanado, o por la soltura con que bailaba una cueca en la plaza Yunfrau, en las populares fiestas del *Roto*.

En una de estas expediciones la conoció Ri-



Marta estaba como aturdida.

cardo, y quedó prendado de la misteriosa atracción de la otra raza y del encanto de sus rasgos exóticos. Se informó y supo cómo se la consideraba una especie de aristocrática india y la buena fama que le había dado su recato y su vida sencilla. No se la conocía borococo alguno ni ninguna clase de locuras o devaneos.

Pero ni su amor ni la buena conducta de la muchacha fueron parte para que sus padres aprobasen la elección.

Por su parte, la madre de Marta se oponía también. Se había vuelto a casar con un indio y no quería que su hijo cometiese la falta de no ser fiel a su raza, como ella había hecho.

El amor de los dos jóvenes tuvo que luchar con ambas familias y con todos los prejuicios de los huasos indios y de la sociedad aristocrática.

Así es que su unión había representado para ellos un verdadero triunfo.

Durante su viaje de bodas por Europa, Ricardo gozaba viendo los progresos de su indita en las costumbres sociales. Se extasiaba pensando en cómo sorprendería a todos al volver con su nueva elegancia.

Se había convertido en su maestro, y el considerar sus progresos como obra suya se la hacía aún más querida.

En realidad, era sólo una educación de adorno la que le proporcionaba. Tanto en Italia como en España habían visitado escasos museos, por

compromiso; pero habían asistido a todas las fiestas y a todos los teatros. En Sevilla, Marta aprendió a bailar las sevillanas con tanta destreza como la cueca. Le gustaban las corridas de toros, que le recordaban sus *rodeos a la chilena*, y las fiestas en los merenderos, donde los andaluces *empinaban el cacho* lleno de vino como los chilenos.

Después de una breve estancia en Concepción, habían vuelto a Europa. Estuvieron en Suiza, que los aburrió bien pronto. Acostumbrados al espléndido panorama de los Andes, agrestes, grandiosos y magníficos, los Alpes les parecían como montes *domesticados*, con algo de decoración teatral. Comparado con el Aconcagua, el Mont-Blanc no les llegaba a emocionar. Suiza les parecía como un gran hotel, con todo dispuesto artificialmente para divertir a los huéspedes, aunque fuera obligándoles a las caminatas, fatigas y peligros de los deportes alpinos.

Solían encontrar allí familias de alpinistas que pasaban la vida recorriendo el mundo para ir de una montaña a otras, sin más objeto que el de desafiar peligros y sufrir penalidades para llegar a la mayor altura posible. Algunos parecían ya contagiados de las montañas y que tenían ya algo de roquizo y de breñoso en su textura. Marta protestó:

—Para subir a las montañas lo mejor sería el avión; pero ni aún así siento su encanto. Cuando

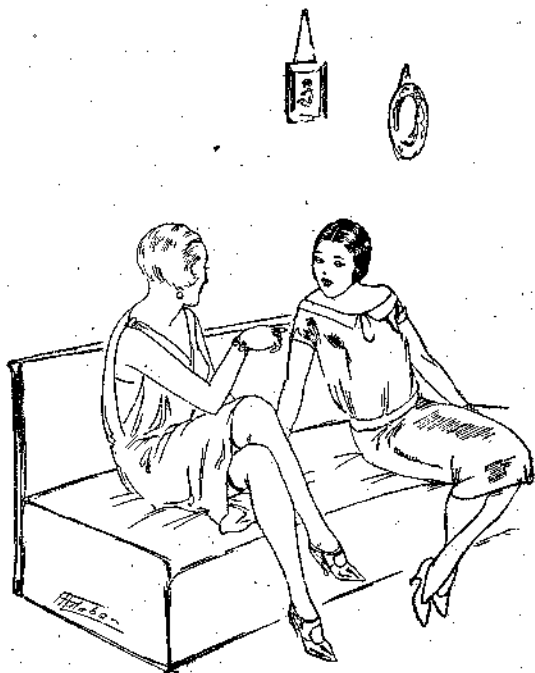
se escala su cima, se convierte en llanura también; es mejor verlas de lejos.

De acuerdo con su opinión, Ricardo la llevó a Londres primero y a París después. En este último Marta se aclimató admirablemente. Tenían amigos, frecuentaban reuniones, asistían a fiestas, y la araucana progresaba en el arte femenino, hasta el punto de llamar la atención con la rara elegancia que avaloraba su aspecto exótico.

Pero fué preciso volver a Chile, donde, a la muerte de su padre, reclamaba a Ricardo el cuidado de su fortuna.

La llegada estuvo llena de contento. Sus familias y amistades los recibieron como si ya hubiesen olvidado todas las pasadas rencillas.

El primer mes, mientras se instalaban, apenas se ocuparon de otra cosa que de re-veer aquellos lugares que le eran tan queridos. Se confesaban que no había en Europa aquellos paseos tan bellos y románticos como los que ofrecían los Cerros. Subían todos los días hasta la cumbre de San Cristóbal, que era como una Alcazaba sobre la ciudad, con la virgen blanca en lo más alto de la cima, semejante a un bloque de nieve. Otras veces iban a Apoquindo, por las encantadas arboledas que los conducían al romántico lugarcillo, acueclado en el repliegue mismo del pie de la montaña, o bien, tomaban la dirección contraria, para ir por la llanura, cubierta de ve-



Es que les interesaba un hombre fiel.

getación, hasta la plácida Peñaflores, donde poseían una casita, cuyo mayor encanto era el de no cuidar el jardín, en el que crecían a su antojo matorrales, malezas, albacijas y otros árboles, libres de poda.

Bien pronto se vieron obligados a tomar parte en la vida de sociedad, tan acogedora y agradable. Se multiplicaban las invitaciones: comidas en *La Bahía*, cenas en el *Parque Couciño*, fiestas en la *Quinta Normal*. No había tarde en que no tuviesen que asistir a uno de aquellos tés en que Chile ha reunido el esplendor lujoso, hasta la ahitera de las meriendas tradicionales en la época colonial y los refinamientos del *lunch* inglés moderno.

Marta llamaba la atención con sus joyas y con el prestigio de las galas europeas allí, donde, a pesar de ser las mujeres naturalmente elegantes, se sugestionaban con las modas de Europa, hasta el punto de chafar y estropear los vestidos nuevos para hacer creer que había pasado el mar.

Pero ella escapaba siempre que podía para acercarse al pueblo; era lo suyo y lo que más la atraía. De buena gana se hubiera detenido ante el puesto de las *papilleras*, que repartían cucharones de comida caliente a su golosa clientela, y más de una vez se hizo llevar al automóvil la ración del rico y apetitoso *mote rubio* y de *humitas calientes*.

Pero la sociedad *bien* no se había rendido; sus

puertas seguían cerradas para la araucana con la obstinación con que se aferra a la intransigencia, que es su último elemento vital.

Ricardo sufría la molestia de no lograr romper la frialdad con que su mundo excluía a su esposa, y no la invitaba ni la tomaba en cuenta. Comprendía la callada molestia de Marta, tan superior a muchas de las que la desdeñaban, y procuraba arreglar pronto sus negocios para emprender un nuevo viaje.

—Vamos a Hollywood—le propuso un día.

—¿Y si eres malo?—respondió ella, con ese temor que la mujer burguesa y enamorada le tiene a las artistas.

—¿Qué?—preguntó él a su vez, dichoso de sentirse amado hasta los celos.

Y ella respondió, mimosa:

—Me moriría. ¡Te quedarías sin mí!

IV

MARTA estaba como aturdida: por mucho que habían dicho, por mucho que quiso figurársela, aquella ciudad nueva, surgida por un milagro, superaba a todas las ideas que de ella se había formado.

Era la ciudad de un tipo nuevo, sin historia, sin obedecer a las leyes de fundación, como los demás borgos, sin tradiciones y sin abolengo.

Se sentían allí todos ciudadanos, por lo mismo que parecía que no lo era nadie, que no existían indígenas, que todo era una población flotante, llegada de todos los extremos del mundo en busca de un éxito que podía hacer de una pobre muchacha una estrella y un millonario de un mendigo.

No se tomaban en cuenta aquellos buenos burgueses enriquecidos, los labriegos del Norte que habían amasado fortunas y buscaban para sus días de vejez la satisfacción de *lo de lagarto* que existe en nuestros cuerpos y reclama impetuosamente el calor del sol. Eran los hoteles, las



Los invitados eran numerosos.

villas y los palacios de las *estrellas* los que atraían la atención, destacándose en medio de los caminos florecidos que van a los Angeles y a la playa de Santa Mónica sobre las colinas doradas de sol.

El boulevard de Hollywood era pequeño, apenas dos docenas de manzanas; pero todas de un comercio brillante, dedicado al servicio de la belleza: perfumerías, sucursales de todos los grandes modistos de Europa, una peluquería en cada casa, cafés y restaurantes. Realmente, París quedaba avejentado en la comparación; resultaba una ciudad histórica, que era respecto a la elegancia lo que Atenas o Florencia respecto al arte: el lujo, la novedad, la extravagancia se habían refugiado en California.

—Es la *ciudad rosa*—decía Perpetua, que los había albergado en su magnífico chalet de Out-Post, que daba la impresión de estar en medio de una selva agreste—. El gran encanto que tiene es que todo se marchita en ella como las rosas. Las *estrellas* se apagan de un día a otro; la vida cambia, con ese ritmo de las olas que se levantan y se coronan de espuma para deshacerse en seguida.

—Da tal impresión de grandeza—decía Ricardo—, que parece que todo el mundo es millonario. Yo, desde que puse el pie en esta tierra, me siento pobretón, como arruinado.

Algo semejante sentía Marta respecto a la be-

lleza; comenzaba a experimentar unos celos vagos ante aquel conjunto de mujeres hermosas. Parecía que no existían allí mujeres feas. En cada manzana había un par de institutos de belleza que, mediante la cirugía plástica, hacían narices a la medida, reducían el tamaño de las manos y los pies, variaban la forma de la pierna o de las caderas, disimulaban ángulos y fundían grasas.

—Este es el país de las mujeres—decía Perpetua—. Está hecho todo para servir las y acabar con esa calamidad social, que es la mujer fea.

Todo el comercio giraba en torno de los artículos de lujo con una profusión aturdidora: todo eran vendedores de perfumes, modistos y alatares.

Todo aquello ayudaba a las estrellas, que no eran las mujeres más bonitas de Hollywood. Había muchachas modestas que las superaban. El ser estrella era como un premio de la lotería, que no se sabía a quién le podía tocar, y así se mantenía la fe de todas las que esperaban que saliese un día su número.

La estrella tenía que poseer algo extraordinario, que no era la belleza perfecta, ni el talento, ni siquiera la sensibilidad artística. A veces, un defecto, una cicatriz, una mirada ojizaina, una boca hambrienta, alguna rareza que resultase atrayente por el exotismo o la promesa de una sensualidad invulgar, era lo que decidía el triun-

fo. Además, tenía más importancia ser fotogénica que ser hermosa.

A Perpetua la habían solicitado de diversos estudios con ahinco. Además de su tipo esbelto, su blancura mate, su cabello flamígero y sus ojos bailarines, tenía el prestigio de su historia trágica. Esta le había hecho entrar en el escalafón de *mujeres fatales*, que tanto atraía a los que, empachados de bellezas iguales, buscaban algo que diferenciara sus placeres y les diese la sensación del miedo para avalorarlos más.

Pero Perpetua vivía al margen de todo; se la veía pasar indiferente a todo cuanto la rodeaba, manejando su magnífico Rolls Royce color orquídea, envuelta en caprichosos y ricos trajes y cubierta de costosas joyas. Así había logrado hacerse popular y tener un prestigio de estrella, conservando su independencia.

—Aquí me siento menos infeliz—les dijo—. Es un país donde no se puede llorar. Los dueños tienen que ser ruidosos, teatrales, como el de Pola Negri y demás admiradoras de Rodolfo Valentino; pero no se puede llorar más que un rato, para que no se estropeen los ojos.

Ricardo y Marta habían querido instalarse en uno de los lindos Bengalow, verdes y blancos, que tenían albarán puesto; pero Perpetua no lo consintió.

—Podéis vivir conmigo y no verme cuando no tengáis gana—dijo—. Los días que como en casa,

es de una a dos de la tarde y de nueve a diez de la noche. Vosotros podéis hacer lo que queráis: comer en el comedor, en vuestro cuarto o en la calle. Si no queréis salir, tenéis biblioteca, órgano eléctrico en el salón. No os inquietéis por mí.

Tuvieron que aceptar.

Estaban casi siempre solos, gozando el ambiente de refinada elegancia y de cordialidad que se desprendía de toda la morada. Perpetua permanecía todo el día en sus habitaciones. Cuando aparecía cada vez más pálida bajo el colorete, con la nariz roja y con la mirada brillante, se adivinaba el secreto del encierro de la morfomana; pero no se atrevían a decirle nada. Se mostraba siempre contenta, vivaracha, con un atolondramiento un poco nervioso.

Habían tenido una gran curiosidad por conocer a las estrellas más famosas, y Perpetua les había ido presentando a sus amigas Clara Bow, Mary Pickfort, Florencia Vidor, Dolores del Río, Joan Crawford, María Casajuaana, y los triunfadores Antonio Moreno, Douglas Fairbanks, Emil Janning y todos los que representaban algo en aquel mundo nuevo que giraba alrededor de la cinematografía.

Muchas mañanas habían ido los tres a almorzar a Brovin Rood, al restaurante donde era menester reservar las mesas con tres días de anticipación, para tener el gusto de ver masticar al fa-

moso Carlos Chaplín, al que no podía presentarlos Perpetua, a causa de su amistad con Lita Grey, la madama Chaplín número tres.

Marta se sorprendía de la modalidad de todas aquellas gentes, que no hablaban más que de sus aventuras, de sus proyectos de diversiones y de compras fastuosas, de los cambios de automóviles, para seguir la moda de las nuevas marcas, como las de modelos de trajes y sombreros; nunca se ocupaban de su arte.

—Te confieso—decía Marta—que casi todas estas gentes me han defraudado. Las creía más interesantes.

—Eres demasiado descontentadiza.

—La que más me agrada, gracias a que en la pantalla no se le ve el acento, es María Casajua.

—Sí; pero, a pesar de haber sustituido su apellido por el de Alba, no llega a tener nombre *fotogénico*, y es preciso que el nombre sea también *fotogénico*. Además, tiene un defecto muy español.

—¿Cuál?

—Sentir repugnancias. Para hacer fortuna en Hollywood se necesita no conocer ese sentimiento, que en las americanas se ha extirpado ya.

—Yo—decía Ricardo—prefiero a Joan Crawford, con su carita de ingenua, de ojos azules y melena roja.

El elogio no le agradaba a Marta, que co-

mezaba a estar celosa de las pláticas de su marido con todas aquellas damas, las cuales parecían interesarse demasiado por él.

—Es que sois un caso raro—decía Perpetua—. Indudablemente el ambiente este os irá curando. A Ricardo sobre todo.

—No me digas eso. Yo adoro a Ricardo y sería muy desgraciada si cambiara. Cuando veo cómo coquetean con él esas mujeres, a pesar de mi confianza, paso malos ratos.

—Es que les interesa un hombre fiel. Te lo quitarían por poco tiempo. El hombre es una prenda que aquí devuelven pronto. Hasta los casamientos se deshacen por la cosa más trivial.

—Y entonces, ¿para qué se casan?

—Porque hay mucha moralidad. Se necesita legalizar hasta las aventuras. ¿Te acuerdas de Lydia Crow?

—¿La jovencita rubia que cenó el domingo con nosotros?

—La misma. Ese día no conocía a Barrymir, y hoy no es ya miss Crow, sino Msr. Barrymir. Se conocieron el lunes en la función de circo, donde se admitía gratis a los espectadores que servían de público a la película. La convidó a cenar, y a los postres decidieron casarse.

—Eso no pasa más que aquí.

—Claro, no hay más que un Hollywood en el mundo. Pero hay matrimonios de estos que son felices. Así se casaron Sichard y Lucy hace

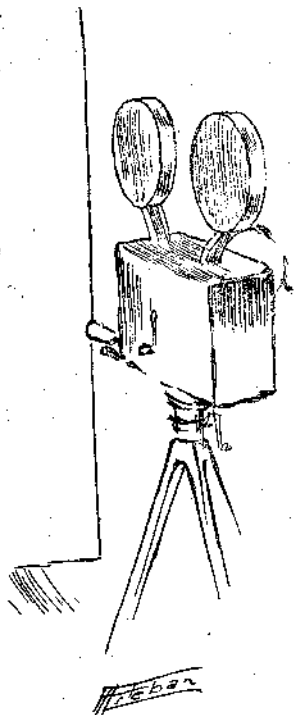
siete años. Unas veces vive él en casa de ella y otras ella en casa de él. A veces, cada uno en la suya. El matrimonio, así, no cansa. Mary Douglas y Jhon Bridge viven él aquí y ella en New York. Todos los días se hablan por teléfono, y él viene a pasar las vacaciones. Hace cinco años que se casaron y se siguen adorando.

—Pero ¿cómo explicas entonces esos divorcios constantes?

—Por la falta de costumbre. La costumbre es lo que más ha favorecido al matrimonio. Así hay la ventaja de que el honor de la mujer queda a salvo y de que las amigas nos divertimos un poco. Esta semana se ha divorciado Allan Grosland, porque su mujer lo acusa de beber demasiado y de acostarse tarde. Mary Hay se casó ayer con un mejicano, después de divorciarse de Lucian Macatif, porque éste se quejó de que en un año no le había besado más que siete veces, y ella se creyó deshonrada con que divulgara esta intimidad.

—Parecen gentes de otra naturaleza, sin pasiones.

—No lo creas. Tienen amor propio. Haine Teris dejó a Walker por Levis, y un día que estaba cenando con su nuevo amor, llegó Walker con un cuchillo de carnicero, la cogió del pelo y se la llevó arrastrando hasta la calle, donde la dejó después de darle una buena paliza y de quitarle los aretes.



Marta se sintió un poco atemorizada.

—¿Y qué hizo Levis?

—El muy badulaque cerró la puerta y se acostó tranquilamente.

—¡Mira que quitarle los aretes!

—No creas que es cosa nueva; ya sabes que en la guerra de Troya se trataba tanto de recobrar a Elena como sus joyas. Esto es muy europeo; pero se trata de un caso excepcional. Lo más corriente es que todos queden amigos. Henry Hall se divorció de su mujer para que pudiera casarse con su amigo Tony; ahora van siempre los tres juntos.

—Yo no podría tolerar una cosa así. Si Ricardo me ofendiese, se quedaría sin mí para siempre. Le haría cruz y raya.

Perpetua se reía. Sabía bien cómo se operan las transformaciones de costumbres y de sentimientos. Sin darse cuenta, ellos mismos iban cambiando; Ricardo parecía otro con sus knickerbockers y su rostro afeitado, y Marta, aunque no había querido cortarse sus hermosas trenzas, cambiaba su indumentaria y se aficionaba a fumar en su boquilla de medio metro de largo, de tal modo, que hacía toser a los que entraban en su habitación. Cada día vestía mejor, se perfumaba, tenía más coquetería y más encanto. Y, al mismo tiempo, sus caprichos y sus deseos se multiplicaban. Había llevado consigo su Ekeko, el idolillo de los indios pacaños, al que ella daba su culto supersticioso.

El grotesco hombrecillo amuleto concedía todas las peticiones, con tal de que, al hacérselas, le regalaran, en miniatura, el mismo objeto que le pedían. Era un culto de la época incaica, que aún tenía todos los años su fiesta de Alacita en la Paz y que habían venerado los abuelos de Marta. Nunca, desde que lo tenía, estuvo tan cargado de collares, pulseras y joyas como ahora.

—No creáis que lo hago por lucir—solía decirles a su marido y a Perpetua, como disculpando su exceso de preocupación por adornarse—. Es que me indigna que se diga que los norteamericanos son más elegantes que nosotros. La suya es una elegancia que se debe a la costumbre de comprarse la ropa hecha. Les da un desgalichamiento que se confunde con la distinción.

Pero cada vez se aficionaba más a Hollywood. Sentía una gran autercia en aquel ambiente, y prolongaban su estancia mucho más de lo que habían pensado.

—Aquí no hay museos—solía decir—; pero hay un compendio del mundo. No hay más que observar cómo se levantan las ciudades en las que trabajan los albañiles, carpinteros, empapeladores, cristaleros y electricistas; de modo que parece que por una magia nos han traído de pronto una ciudad europea y al día siguiente todo se ha derrumbado y deshecho sólo con tocar esos botones misteriosos que hacen descarrilar un tren, naufragar un barco y consumirse un pueblo bajo la metralla.

—Es malo acostumbrarse a esto—decía Ricardo—. Luego la vida te va a parecer pobre y triste en todas partes si la comparas con la de este mundo nuevo, donde todo es brillante e imprevisto. Me da miedo de que te aficiones demasiado.

—¡Qué niño!—decía ella riendo y rodeando sus brazos morenos en torno del cuello de su marido—. Donde tú estés es siempre para mí el paraíso.

V

LA plata que doraba el lujoso comedor de Perpetua brillaba bajo la luz de las bujías, encendidas en tal profusión, que reemplazaba con ventaja la luz eléctrica.

Los invitados eran numerosos. Perpetua había invitado al famoso Graworfy, el rey de las empresas cinematográficas, que gozaba fama de ser el creador de estrellas y el hombre más rico del país de los archimillonarios.

Todos los ases de la pantalla se había apresurado a ir. Las mujeres rivalizaban en trajes y joyas, como si se tratase de un premio de concurso de belleza, que podía consistir en la simpatía del todopoderoso Graworfy.

Pola Negri superaba a todas en lujo: llevaba la magnífica capa de cabras de Mongolia que estaba destinada para la reina de Rumania, y que le había ofrecido un opulento admirador desconocido al leer la noticia de que le habían robado la suya. Sólo Constanza Talmadge competía con ella por su abrigo de chinchilla real.

Se veía que Marta había contado de antemano con no poder competir en lujo y se había vestido sencillamente un traje de terciopelo *Leonardo*, la última creación europea, todo negro y tan fino como un georgette. Su único adorno era el collar de perlas y una rosa de lanilla roja puesta en medio del descote desigual y otra en el borde de la falda.

Perpetua había tenido cuidado de que se les sirviera a los invitados abundante cocktail en el salón. Ella sabía que este aperitivo hace locuaces y alegres y alivia a la dueña de la casa de la dificultad de mantener la conversación.

Así es que todos estaban charlatanes y contaban con delectación los últimos escándalos:

—¿Saben que Franzt y Marbell van a divorciarse en Europa? Ya podían hacerlo aquí.

—Es más chic en París.

—Lo raro es que van juntos y que, según los piropos que se dirigen, más parece que están en vísperas de boda que de separación.

—Pues es cosa decidida. Han hecho la prueba de estar un año juntos y otro separados, para ver cómo les iba mejor, y obran de común acuerdo.

—El que está inconsolable es el marido de Lyta Sainfrid. Ha demandado al director de escena de su mujer, al que cree su próximo sucesor, pidiéndole novecientos mil dólares por haberle enajenado el cariño de su esposa y como *bálsamo del corazón*.

A pesar de lo acostumbrados que estaban a extravagancias, todos reían de la nueva fórmula de solicitar la indemnización.

—La que está de enhorabuena es Dorothy Dwan; tenía que ir a Alaska y se puso enferma. La substituyó Andresina Pyffour, que era una gran nadadora; pero la crecida del río fué tan grande, que se ahogó, y la corriente arrastró el cadáver.

—Y lo peor es—dijo con su acento palabrimujer Jhon Mit—que no sirve la película, porque dicen que los gestos de la que se ahogaba son exagerados.

Interrumpió Antonio Moreno, que no recordaba ya el español, para elogiar un plato nacional de España.

—Demasiado succulento—protestó Gloria Swanson—. Con las tres comidas que aquí se hacen no tendría un español para comenzar.

—¿Tan comilonos nos cree?

—Es que lo da el país. Aquí los tomates y las calabazas se consideran como fruta. Los hombres comen poco, por falta de tiempo, y las mujeres por no engordar. Todo se hace aquí a base de conservas, para prepararlo pronto.

Asintió Douglas, con su cara de hombre ahito y abazón.

—Pero luego—dijo—nos consolamos con tragar durante todo el día café ardiendo o vasos de agua con hielo. Así es que la constipación ha

llegado a ser la enfermedad endémica del país.

Por muchos esfuerzos que hacían, no lograban que el gran empresario, preocupado en saborear la cocina cosmopolita de Perpetua, tomase parte en la conversación. Florence Talma comenzó a deplorar la suerte de las estrellas. Había tenido que rechazar un contrato por no ir al desierto.

—Estoy cansada de papeles difíciles—decía—. Ya he sufrido bastante con la arena ardiente y con el viento abrasador que obligaba a los operadores a cubrirse con caretas. Hay para quién la subida fué fácil, pero yo he sido *extra* durante muchos años.

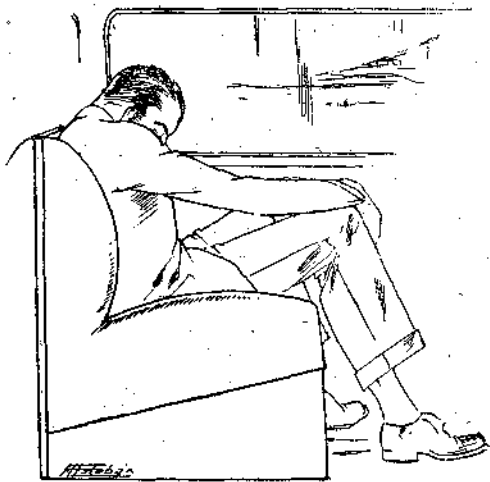
Todas las oyentes hicieron un gesto de disgusto. No les agradaba el recuerdo.

—Ahora eres rica—dijo una.

—Gano tres mil dólares a la semana—dijo ella—. En cinco años, que es el máximo de nuestros días de moda, podría tener un ahorro respetable, pero todo se gasta. Ya veis como Max Linder, Wallace Reid, Bárbara La Marr y tantos otros se han muerto pobres o andan como vagabundos luciendo sus arambeles por los estudios.

—Pero nosotras no estamos en ese caso—dijo Pola con orgullo.

—No hables en plural—repuso ella, como si se complaciera en molestarla. Yo me sentía más feliz cuando era *extra*. Desde entonces no he dejado de trabajar todos los días con un calor asfixiante y con luces que ciegan. A lo mejor tengo



¡Y se había quedado sin ella!

que marchar sobre nieve, cruzar entre llamas, tragar humo y aguantar golpes. No creo que haya ninguna que sienta el arte que no odie el oficio. Hay que confesar que todas lo hacemos por dinero.

Hubo una viva protesta en todas las demás.

—Hay que no ser piadosos con los sufrimientos de ustedes—dijo Ricardo temeroso de una colisión—, porque de ellos sacamos esas impagables impresiones de arte que nos alegran la vida.

Había acabado la comida y pasaron al salón. Todos sacaron los cigarrillos.

—Ya no hay manera de librarse de las damas—dijo riendo Janninig—. No les molesta el humo.

—Pero los dejamos para ir al tocador—respondió Perpetua.

Salieron del salón, dejando en pos suyo un airecillo cargado de perfumes, entre los que sobresalía un olor de feminidad.

Varios ofrecieron sus cigarros y su tabaco a Graworty; pero él no los aceptó. Sacó una cajita de oro, cubierta de brillantes, y tomó un pedazo de goma, que comenzó a mascar con esa expresión satisfecha de los consumidores de parafina azucarada.

La vuelta de las damas y la llegada de Lumé Vélez, la mejicana que, al presentarse en la Music Box Revue, había triunfado en toda línea con su belleza flaca, desarticulada y enfermiza, hizo pensar en la danza.

Todos estaban alegres. Cada uno se esforzaba por manifestar sus gracias; hasta Perpetua cantó aires españoles, acompañada a la guitarra por Ricardo. Graworty se divertía visiblemente.

—¿Por qué no baila usted algo de su país?— preguntó.

—No he sabido bailar nunca—respondió Perpetua—; pero tenemos quien ha aprendido las sevillanas en la misma Sevilla, y las baila maravillosamente.

Rodearon todos a Marta. Ella se resistía.

—Son cosas de Perpetua. Yo no sé bailar.

Intervino su marido:

—Marta baila bien todos los bailes—dijo—; pero yo prefiero que les haga conocer la *cueca*; es nuestro baile nacional chileno.

No pudo negarse, y tuvo que salir a bailar una *tapada*, que le acompañaba Ricardo.

Era una especie de pantomima, en la que hacía un gesto de dama galante, que, deseosa de envolverse en el misterio, se ocultaba la cabeza con un manto, y lo prendía con la mano sobre la cara, de modo que no dejaba al descubierto más que un ojo, como brújula de amor, que tenía algo de diabólico.

La joven acompañaba al baile con sus gestos y su risa clara y sonora. Parecía crepitar en torno de ella algo semejante a un polvillo de luz, que rimaba con su palidez caliente, dorada de sol. Todos estaban entusiasmados, y la rodeaban telicitándola y pidiéndole nuevos bailes.

El amor patrio de los chilenos estaba satisfecho con el triunfo. Perpetua contaba cómo la cueca había logrado indulgencias cuando ella la bailó en el Vaticano, siendo su tío ministro de Roma. Habían querido que Su Santidad viese el baile de su país, y se entusiasmó tanto, que comenzó a decir: "Una indulgencia, dos indulgencias, tres indulgencias", al compás de las palmas con que acompañaba la danza. Cuando terminó, ya tenía más de cien indulgencias.

Tuvo Marta que lucir gran parte de su repertorio de bailes nacionales. Estaba toda el alma de Chile en aquellas danzas, que abarcaban desde los antiguos bailes españoles, como la *Cachucha*, que llevaron las tropas conquistadoras, hasta el aristocrático *Cuando*, que guarda el ritmo del *minué*, unido al repiqueteo que le injerta el elemento popular.

Siguieron verdaderas pantomimas, como el *Canto del sereno* o la *Pascua de antaño*, sugeridoras de las viejas costumbres, así como la *Carreta* y el *Corrido* retratan las actuales costumbres campesinas y hacen sentir la fragancia del tomillo y de la yerbamota.

El entusiasmo llegó a su colmo con el *Sandovalito*, zapateado en el que tenía que levantar un cántaro con la boca, sin auxilio de las manos, y con la *Zamacueca*, baile de *Chicoteo* en tono menor, con el que habían llegado a la apotheosis del júbilo en la *Chingana* y en los salones

y que había tomado el nombre de la *Resbalosa*, no sólo porque era costumbre bailar sobre una mesa lisa, sino porque el tirano Rosas lo hacía bailar a las familias de sus víctimas, resbalando sobre la sangre aún caliente.

Las líneas finas y el cuerpo delgado de Marta daban a su danza una gracia indecible. Bailaba toda ella: su cabellera de largas trenzas, sus ojos oscuros y su boca risueña, como nidal de besos frescos y grandes.

Se la veía amblar toda en aquel baile, que conservaba la lascivia de los negros, aunque ella lo interpretaba con la mayor inocencia.

Había en Marta un encanto exótico de raza, una cosa de ternura de juventud, que hacía resaltar su color de un mate opaco y su condición de araucana.

Graworty estaba entusiasmado, hasta el punto de no poder conservar la calma que siempre afectaba, para no dejar traslucir sus impresiones, y que era una de las cosas que constituían su fuerza.

—Tiene mucho de Rennée Adorée y de Lupe—decía, sin cuidarse de que lo oyeran—, pero con veinte veces más sal que las dos juntas.

Cuando se quedaron solas, Perpetua le dijo:
—Has tenido un verdadero triunfo; Graworty va entusiasmado.

—Yo lo encuentro muy antipático; es un ba-

gual, y me resulta insoportable en una persona fina ese gesto de mascar goma.

—Pues hay ochenta millones de individuos que tienen el mismo vicio. Es el más rico de Hollywood.

—A mí me parece que debe andar con arañas—dijo Ricardo.

—Indudablemente. Es un pájaro que va con un ala por el cielo, otra por el suelo, un farol en el pico y un gancho en la cola: no se le escapa nada. Sólo de esa manera se hacen las grandes fortunas y se llega a fabricante de estrellas.

—Tiene usted razón—dijo Ricardo—; pero yo no le envidio. Tengo la estrella más linda de nuestro hemisferio.

Marta le pagó la galantería con una mirada de ternura. Estaba contenta. Había conocido la embriaguez de triunfar sobre las más célebres estrellas.

Cuando cruzó el salón, sus movimientos, su manera de llevar la cabeza, su nueva sonrisa, decían claramente que se sabía bella y que estaba llena de su importancia. Perpetua no pudo contener una sonrisa entre burlona y malévola al notar el cambio.

VI

LA mañana tenía para las dos amigas algo de sorprendente, por las pocas veces que la gozaban.

—Es pena levantarnos tan tarde y perder esta impresión de la mañana—decía Marta, mientras cruzaban el boulevard—. Mira. Las calles recién regadas dan idea de que están húmedas de rocío y parece que se respira mejor.

—Además—respondió Perpetua—, cada hora tiene su perfume diferente; la mañana huele a mañana; tiene una cosa campesina.

—Yo suelo levantarme temprano—dijo Ricardo—; pero a Marta no le gusta.

—¡Claro!—repuso, con malicia, Perpetua—. Sabe que la mañana es la hora de la infelicidad para los maridos de buenas costumbres.

Marta sonrió distraída. En aquellos momentos la preocupaba, como la cosa más transcendental, su prueba fotogénica. No había podido dormir en toda la noche.

Ricardo le concedía también gran impor-

tancia, y había detenido su viaje por aquel pedazo de película que les ofrecía la amabilidad de Graworty. Así se llevaba perpetuado el momento aquel de su esposa en plena juventud.

—Pienso comprar un aparato de proyecciones —decía—, para verte siempre tal como estás ahora o, por mejor decir, para que los demás te vean, porque para mí, por viejecita que estés, me parecerás siempre igual de hermosa. Sobre todo —añadía, bajando la voz—, para que cuando tengamos un nene conozca a su mamá.

Llegaron al estudio, a cuyo alrededor se agrupaba la multitud, tratando de ver, con la ayuda de los zeis, lo que pasaba dentro de aquel local donde se impresionaba la película.

Estaba allí toda la muchedumbre, que se arrastraba hambrienta en largas colas, de donde salían los *Mob* o comparsas de las grandes películas y, a veces, se destacaba una celebridad, que había estado preguntando, durante mucho tiempo, diariamente: “¿Hay algo para mí?”, y recibiendo contestación negativa.

Parecían ya otros, según se transformaban, cuando atravesaban la valla y se vestían sus trajes de época de actualidad y sentían en el bolsillo el leve peso de los siete o quince dólares, con que se pagaba su trabajo de un día.

Era un verdadera confusión: había negros, chinos, japoneses, indús y europeos, de todas las regiones: morenos y gesticulantes italianos, a los



Tuvo Marta que lucir gran parte de su repertorio.

que enorgullecía ser conterráneos de Valentino; escoceses, de aspecto sano, con sus sweaters pintarrajeados, tan típicos, que parecían ser una verdadera piel; turcos, griegos, españoles, franceses, ingleses y alemanes: un verdadero muestrario humano.

Los que más mezcla de razas presentaban eran los mejicanos; no se podía desenredar la maraña que las diferentes denominaciones ofrecían, según los múltiples cruces:

De español e india, mestizo; de mestizo y española, castizo; de castizo y española, español; de español y negra, mulato; de mulato y española, morisco; de morisco y española, salto atrás; de salto atrás e india, chino; de chino y mulata, lobo; de lobo y mulata, jíbaro; de jíbaro e india, albarrazado; de albarrazado y negra, cambujo; de cambujo y negra, sambaygo; de sambaygo y mulata, calpar; de calpar y sambaygo, tente en el aire; de tente en el aire y mulata, no te entiendo; de no te entiendo e india, ahí te estás.

Marta se sintió un poco atemorizada cuando se colocó ante el objetivo, que tenía casi el poder de immortalizar.

Había visto cómo se repetía cada escena una y otra vez ante aquella especie de molinillo, de la máquina de impresionar, que parecía moler celuloide, dándole un valor de oro.

Actuaban los directores dando órdenes, para

que todo estuviese pronto y se mantuviese el buen estado de espíritu de los actores en el máximo de placidez.

Se habían combinado las luces, tocaba el jazz, actuaban los *animadores*, especie de bufones de los reyes del cine, que distraían su preocupación del momento y hacían que no adquirieran dureza y afectación sus músculos ante la máquina.

Había muchas bellezas que no resultaban fotogénicas. Era ese un don inexplicable, como la simpatía. Como si las máquinas tuviesen también sus amistades y sus repugnancias.

Aunque fué breve el tiempo que medió entre la orden de:

—Música y máquina

y el fin del metraje que le destinaban, a Marta le pareció que transcurrían muchas horas. Ponía tanto amor propio en aquella prueba, como si no fuese un simple obsequio, como si algo en su subconsciente le dijera que de ello había de depender su porvenir.

Habían dejado a su voluntad el moverse, sonreír o tomar las expresiones trágicas o naturales que su talento le sugiriera.

—Piense usted en el color verde—le había dicho Graworty en el momento de comenzar a operar—, el recuerdo de los colores da al rostro expresiones distintas. Piense en el verde. Tendrá usted toda la blandura y toda la placidez de un campo de primavera.

Cuando se despidieron, Graworty parecía contento.

—Creo que tenemos una estrella en su esposa —le dijo a Ricardo—, o no vale nada mi experiencia de tantos años.

La única que iba preocupada era Marta. Sentía impaciencia por ver revelada la película. Hubiera querido que la máquina fuese algo parecido a un espejo, en el que hubiera ido viéndose a medida que operaba.

VII

RICARDO iba solo, hundido en el fondo de su vagón, sin asomarse a mirar el paisaje maravilloso que ofrecía el puente de la costa de la Florida, por donde corría el tren que lo llevaba a Cayo-Hueso, para embarcar en dirección a la Habana, como podía embarcar para otra parte.

Iba sin dirección fija, como huyendo de algo de lo que no se podía libertar.

Su impresión al perder a Marta, cuando quiso dejar Hollywood y se resistió a seguirlo, había sido para él un golpe tan terrible y tan impensado, que estuvo a punto de perder la razón.

Pero la vida le había impuesto la resignación forzosa, que parece nacer ante lo fatal.

La prueba fotogénica de Marta había producido una explosión de entusiasmo en todo el reino de Cine Villa: Era uno de esos casos raros de triunfo rápido e indiscutible.

Empezó a formarse en torno suyo la atmósfera que rodeaba a las estrellas: petición de retratos,

solicitudes de entrevistas para la Prensa, tarjetas, pidiendo autógrafos, visitas de los principales astros de la pantalla, invitaciones a comidas y fiestas. Conocía la embriaguez de la gloria, sin llegar a profundizar aún en sus desencantos.

—Es la fortuna—decía Perpetua—, y no debe desperdiciarla.

A veces, él vacilaba al verla ansiosa de obtener su consentimiento para dedicarse a la cinematografía. Le daba miedo que le guardase rencor si se oponía a su nueva vocación; pero bien pronto dominaban sus arrebatos de celoso.

—Te quiero toda para mí—decía.

Ella parecía conformarse.

—Eres un egoísta—respondía—; pero como te prefiero a todo, haremos lo que tú quieras.

Y un día se encontró con que había huído de su lado y había pedido el divorcio.

No pudo luchar. Era cierto que allí, como le había dicho Perpetua, estaba todo preparado para proteger a la mujer.

Lo que más le desesperaba era el no poder explicarse aquella mudanza, el no acertar a comprender cómo se había podido borrar del alma de Marta los recuerdos de tantos días de amor y de ternura, cuando en su memoria estaban frescas todas sus caricias como llagas sangrantes.

Marta le había repetido siempre:

—Si me faltas, te quedarás sin mí.

Pero él no le había faltado; no vivía más que

para ella y ni siquiera había sentido la tentación en medio de tantas mujeres hermosas. ¡Y se había quedado sin ella!

No se la quitaba tampoco un hombre—el hombre vendría después—, lo que se la quitaba era el *triumfo*.

Cuando pasó la crisis de dolor que lo acercó a la muerte, pudo pensar, y advirtió cómo el mayor número de divorcios tenía la misma causa.

Hogares modelos se deshacían con el triunfo de la mujer. Se lo confirmaba no sólo el ejemplo de Marta y de las estrellas que se hallaban en el mismo caso, sino de las mujeres que triunfaban en cualquier otro sector; recordaba hasta el cacoreciente de Rhut Elder, la triunfadora del Atlántico, dejando también a su marido.

—Las mujeres—decía—pierden con el triunfo la idea de su pareja. Esto no ha sucedido jamás en los hombres.

—No—respondía Perpetua—; no es eso. En la mayoría de los casos el marido, después del triunfo, se separaba moralmente de su mujer. Lo que sucede es que nosotras nos resignábamos y no resultábamos una carga demasiado pesada.

—Yo también me hubiera resignado si me hubiera hablado con franqueza.

—Quizás; pero con una resignación dolorosa, con una especie de protesta muda, con un aire de amor propio humillado por su superioridad (que es donde realmente está el secreto de todo),

con algo de molesto, que incitaría a acabar por donde Marta ha comenzado.

—Yo le hubiera ofrecido todos mis triunfos a ella.

—No lo dudo, y ella hubiese sido feliz aun sin eso, sólo con gozar de la importancia del reflejo que esos triunfos proyectasen sobre ella. Es el caso de la mayoría de las mujeres de los triunfadores.

—¿Y por qué con el triunfo han de perder esa abnegación?

—Tampoco es eso. No es más que el choque de los sentimientos nuevos y de los convencionales, que, contra lo que se creía, son más fuertes en los hombres que en nosotras. Se necesitan aún muchos lustros para acostumbrarse a una igualdad que no separe, mejor, a una separación que traiga la verdadera igualdad.

Era inútil discutir ante los hechos consumados. Huyó o, por mejor decir, quiso huir.

Marta había recobrado su libertad con el fácil divorcio. Alegando que él se oponía con violencia a sus inclinaciones, y se había ido a Washington a filmar una película que se consideraba la más notable superproducción de Cinelandia.

¿Dónde podría ir que no le persiguiese la fama de aquella mujer que llenaba ya el mundo con su nombre y cuya imagen viva no tardaría en verse en todos los escenarios?

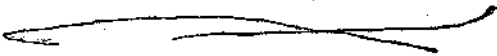
Una de las cosas que más desconcertaban a

Ricardo era aquella transformación rápida de Marta. Esta continuaba siendo la misma india que él había sacado de la ignorancia y del anónimo, la misma que sus parientes y la sociedad en que él vivía rechazaron tan cruelmente y que ahora, superiorizada con el triunfo, se volvía contra él.

Y era ella. Era *la misma*, no *era otra*. No habían brotado en ella nuevas facultades ni mayor espíritu. Era la misma que él había descubierto, con su belleza india y exótica, con sus palideces y su mirada de otra raza, en la que nadie reparaba y que triunfaba ahora, cuando él había puesto de relieve los contrastes.

En su desesperación iba perdiendo poco a poco la consciencia de todo. Se sentía asesinado lejos de la mujer a la que había sacrificado toda su vida y que lo sacrificaba en su triunfo. Ya no sabía, siquiera, si tenía o no la razón al obrar así. No tenía más que la idea fija, resumen de toda su vida: se había quedado sin ella.

Carmen de Burgos
"Balconista"





B. Dip. Almería

AL-821-BUR-se



1002965

ACONTECIMIENTO LITERARIO

Acaba de ponerse a la venta el volu-
men II de la serie

EL RUEDO IBERICO

titulado

¡VIVA MI DUEÑO!

por

D. Ramón del Valle Inclán

genial novela impaciencia-mente espera-
da en el mundo literario de habla es-
pañola.

PEDIDOS A
LIBRERIA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15.

IMPRESOR DE PRENSA NUEVA. CALVO SASSULO, 3.—MADRID

78